

**MARIO
VÁZQUEZ
ROBLES**SENADOR DE LA
REPÚBLICA

Llegaron al poder y ahora quieren romper el elevador

En México no estamos discutiendo una reforma electoral. Eso, al menos, implicaría un ejercicio democrático. Lo que vemos hoy es otra cosa: una decisión tomada desde el poder, cocinada en secreto, sin diálogo real y sin escuchar a nadie más que a ellos mismos, con el propósito de eliminar o minimizar a las fuerzas políticas que representan la otra visión en la pluralidad y diversidad de nuestro país. El gobierno de Morena habla con el espejo.

Durante décadas, cada reforma electoral —con aciertos y errores— se construyó con todas las fuerzas políticas sentadas a la mesa, incluyendo a los que hoy ostentan el poder. Se discutía, se negociaba y se buscaban equilibrios. Hoy no. Hoy ni siquiera sabemos qué problema quieren resolver. No hay diagnóstico, no hay explicación, no hay apertura. Solo hay imposición.

Uno de los ejes del discurso oficial es el ataque a la representación proporcional, es decir, a los plurinominales. Dicen que cuestan mucho, que no representan a nadie, que deben eliminarse para “ahorrar dinero”. Ese mensaje suena bien y conecta con el legítimo enojo de la gente. Lo que no dicen es que gracias a ese mismo sistema lograron una mayoría que no obtuvieron en las urnas. Llegaron al poder usando el elevador y ahora quieren romperlo para que nadie más pueda subir.

El debate no es si hay 100 o 200 representantes proporcionales. Eso es una distracción. El verdadero problema es cómo se asignan los espacios y si los votos se reflejan en las curules. Hoy no sucede. Hoy Morena, con poco más de la mi-

tad de los votos, controla casi tres cuartas partes de la Cámara de Diputados. Eso no es representación ni justicia electoral, es distorsión democrática.

Eliminar la representación proporcional no corrige esa distorsión, la empeora. Porque eliminar ese mecanismo sin ofrecer una alternativa real no significa ahorrar o simplificar, sino dejar a millones de ciudadanos sin voz, cuyas preferencias no se traducen en mayorías, pero que también son parte del país y deben serlo del Congreso.

Con esas mayorías artificiales, tomaron decisiones que cambiaron el país: debilitaron y desaparecieron órganos autónomos, se apropiaron

del PJ y aprobaron reformas constitucionales en retroceso sin precedente obviamente sin consenso.

A este escenario se suma otro riesgo que casi nadie quiere tocar: la penetración del crimen organizado en la política. No es una acusación ligera ni un discurso opositor. Es una realidad documentada, reconocida incluso fuera

del país. Aun así, esta reforma no explica cómo garantizará elecciones libres, seguras y confiables. La democracia es como el aire: solo se valora cuando empieza a faltar.

Defender la democracia no es un capricho de los políticos ni una discusión técnica. Es la única manera de asegurar que el voto siga contando, que la pluralidad tenga espacio y que el poder no se encierre. Porque cuando el gobierno habla con el espejo y rompe el elevador, lo que se rompe no solo es el sistema electoral: es la confianza de la gente. Y cuando se pierde esa confianza, no hay reforma que pueda recuperarla.

***Y cuando se
pierde esa
confianza, no
hay reforma
que pueda
recuperarla***